

## BISOÑO SEXISTA

Mercedes Castro Ayerbe

“En una discusión familiar siempre hay tres versiones, hijita: la de la mujer, la del hombre y la que realmente ocurrió” le había dicho su mamá un par de meses antes de que la echaran de su casa a patadas como a una golfa cualquiera. Pamela entonces era una nena: cinco añitos, apenas. Y, ahora, metida en su saco de invierno, veinteañera universitaria de mirada tierna, rememora todo el tiempo que ha estado sufriendo por encarnar el anatema soberano: tener vagina, cromosomas XX y una sensibilidad que nadie parecía sentir. La maldición de ser mujer.

*Tranquila, ya te dije, todo va a salir bien,* le dice Joaquín mientras presiona, con impostada dulzura, su mano tembleque. Caminan lentamente por un pulquérrimo pasillo de cerámica blanca que exhibe descaradamente sus cincuenta metros atiborrados de luces impecables, asientos fríos y morbosos recuerdos de cientos, miles de parejas cohibidas que alguna vez esperaron su turno con el médico abortista en ese pasillo desolado y perfumado con el machismo al que Pamela había estado expuesta desde el momento en que vio a su madre por última vez. Lo único que recordaba de ella era su lacia y brillante cabellera negra que llevaba hasta la cintura y que, según le contaba Rosmerta, la cocinera del hogar, era la envidia de todas sus amigas rubias y castañas que exhibían uniformes y trilladísimos rizos aleonados y perfectos. Ella, Pamela, había heredado el pelo de su madre y le encantaba dejárselo suelto tanto como le irritaba tener que cortárselo, pues —decía— era lo único que la conectaba con ella. Además, Pamela amaba su cabello porque nadie —ningún hombre, específicamente— le decía cuándo, dónde y de qué manera cortárselo. Era, visto de alguna oscura

manera, una insignia de libertad que la muchacha no dudaba en sacudir cada vez que podía para demostrar a todo el mundo que ella era —o que al menos quería ser— la mujer cosmopolita, educada e independiente que sus gestos finos y sus maneras de *lady* le atribuían, pero que —lágrimas, muchas lágrimas— nunca había sido realmente. Por esta razón, toda su vida odió al mundo al que le sonreía coquetamente con la convicción casi religiosa de que las cosas estarían mil veces mejor si su padre no hubiera descubierto nunca la infidelidad de su madre, o si ella hubiera sido abortada en una clínica tan esmerada, tan bonita como la que pisa ahora mientras se seca las lágrimas y deja caer la cabeza hacia adelante en un gesto de abierta resignación. Joaquín sonríe satisfecho y, paciente e insidioso, se atrinchera en silencio. Ella hace una mueca irónica y torna sus labios en un amago de sarcasmo. *Te odio,* le dice, *vas a terminar en la cárcel por todo esto.*

La puerta se abre de par en par y la súbita aparición de un tipo alto y desgarbado se filtra por ella, evitando así que Joaquín, iracundo como estaba, castigue de alguna manera la insolencia de su novia. Su bata impecable se difuminaba con las luces del pasillo —brillosísimas, como su placa dorada donde, con puras mayúsculas y en negrita, se leía “Dr. Vigil”—, y sus dientes amarillentos no parecían encajar entre tanta blancura. El sujeto les dedica una sonrisa fingida y los invita a pasar al consultorio. *Todo está casi listo para empezar,* anuncia con voz senil y engolada. *Esperemos a mi ayudante, ya debe estar llegando,* continúa. *Tomen asiento, por favor.* Pamela levanta un poco el rostro y aprovecha la presencia del galeno para rogar con fuerza y claridad. *Joaquín, vámonos ahora, mi amor, por favor. No quiero abortar a mi bebé.* Él, que apenas puede creer lo que está escuchando, exhibe el rostro más contrariado que le es posible pero, aunque las venas del cuello se le hinchan, permanece sereno. *Siéntate, Pamela, ven aquí, mi amor.* Ella cierra los ojos y sacude la cabeza con vehemencia. *Vamos, mujer, no seas trágica, siéntate,* insiste Joaquín extendiéndole una mano. *Hágale caso al muchacho, señorita. Tome asiento y tranquilícese,* le sonríe el médico de mala manera, como si se tratara de un mensaje memorizado, mil veces ensayado. *La dilatación se dará fácilmente si usted se mantiene sosegada.* Pamela ni siquiera parece escucharle. *¡Que te sientes, carajo!* Y Joaquín la despacha molesto sobre la silla con un violento jalón que pone a prue-

ba la resistencia de su blusa. Una blusa desgastada y enturbiada y amarilla como los dientes del galeno que observa la escena sin mucho interés. Pamela mira a su chico con pena y recuerda lo diferente que aparentaba ser Joaquín apenas un año antes, cuando entraba en la cafetería con su grupo de amigotes marrulleros. Le parecía atractivo, definitivamente, un poco grosero y sinvergüenza en sus expresiones pero, a pesar de eso —o precisamente debido a eso—, bastante encantador. Sin embargo, ella no alimentaba ninguna posibilidad de intentar nada con él ni con nadie. En pleno siglo XXI, con varios exenamorado en su historial amoroso y no pocos *affaires* ocasionales, por algún motivo y de alguna manera, Pamela les temía a los hombres.

*Tengamos al bebito, Joaquín. Yo me encargo de él hasta que termines tu carrera. No me obligues a abortarlo.* Suelta ella, con una apariencia deprimente pero con dicción perfecta, como si estuviera haciendo una audición. El doctor Vigil no se asombra, mira la escena como si fuera algo rutinario, como si supiera exactamente lo que va a pasar. ¿Qué? ¿Acaso te *has vuelto loca*? ¿Y qué chucha vamos a hacer nosotros con un calato? ¿Con qué plata piensas educarlo, ah? ¿Con la miseria que te mandan tus padres? ¿Con las propinas que me dan los míos? ¿Tú crees que yo cago *Pampers*?, explota Joaquín, girando la cabeza hacia el médico. *Perdone usted, doctor,* se disculpa. *Está neurasténica por venir en ayunas.* Entonces el doctor levanta las manos amigablemente, se convierte en su compinche, se muta en su amigote, *no se preocupe, muchacho, he hecho esto tantísimas veces,* dice. *No sabré yo lo que es ser joven, caray.* Y sonriéndole socarronamente finaliza con un susurro cómplice. *Tremendo cachero que era yo a su edad.* Unos pasos se escuchan al fondo del pasillo y la sombra de una mujer se materializa tras la puerta. *Pasa, pasa, Roxana,* suelta Vigil. La señora que entra ve a los varones conversando y a la muchacha encogida y rápidamente se hace cargo de la situación. Antes de que Pamela pueda romper a llorar nuevamente, se la lleva a una habitación contigua con palabras afales y efusivas. Mientras se levanta de su asiento y coge su cartera, la muchacha le dedica una última, rencorosa y absoluta mueca de desprecio a Joaquín con una intensidad tal que la comisura de sus labios se tuerce hasta parecer una sonrisa. Él no le toma importancia.

Los dos varones se quedan a solas en la oficina y el ambiente se descarga inmediatamente. Joaquín ahora se siente mucho más a gusto, mucho más tranquilo. El médico delante de él, a juzgar por cómo había hablado, era muy amigable y exudaba cierta calidez que el muchacho no tardó en aprovechar. Joaquín era un cretino infantil que hacía tiempo no desfogaba sus miedos ni callaba el clamor de sus remordimientos. Incluso Pamela, tan fácil de amenazar y tan propensa a ser manipulada, se había negado desde hace tiempo a escuchar y ahuyentar a los fantasmas que rondaban al chico con perdurables ímpetus. Él necesitaba un amigo pasajero, descartable, un confidente al que nunca volvería a ver, un confesionario. Alguien como el doctor que le preguntaba, en ese momento, a qué se dedicaba. Joaquín, abstraído en su necesidad de descargar sus miedos, ni lo dudó mucho ni le contó poco: vivir como el hijo único del alcalde de Lima no era nada sencillo, *doctor, pues es vivir de amenazas, advertencias y consejos sobre el buen comportamiento y la opinión pública que a mí qué chucha me importan.* Estaba a punto de acabar su carrera en la Universidad Católica y lo que menos le convenía ahora era que su cuasi enamorada le llevara un hijo al cual mantener. No podía ser. No podía nacer. Su papá quería postular a la Presidencia de la República y él quería hacer carrera en cualquier país europeo o norteamericano o asiático o lo que sea, pero en Perú, no. *No en este país subdesarrollado y troglodita y, con un hijo peruano, muchísimo menos, doc.* Su chica, Pamela, no, no, que su chica, Pamela, era un tire nomás: Pamela, su tire, hasta le había liberado de toda responsabilidad diciéndole, jurándole, que ella se encargaría, que simplemente la dejara en paz. Pero no, él no iba a ser tan huevón para correr el riesgo de dejarla tenerlo. *Tal vez me viene luego con la dichosa pruebita de ADN y la*

*cagada*. No. Demasiado peligroso, visceralmente temerario. *Ni a balas nace ese calato, doctor. Usted se encarga. Usted lo aborta bien abortado y luego, por si acaso, lo vuelve a abortar, mister.* Pero ese feto no sale vivo ni cagando, ordena Joaquín, acostumbradísimo a hacerlo. Luego, si todo sale bien, yo mismo me encargo de recomendarlo como médico en jefe del nuevo hospital que mi viejo está construyendo en Pueblo Libre. Ahora está exasperado y sonriendo, fantaseando en su condición privilegiada que lo embriaga de poder. Y si me hace favores ocasionalmente, doctor; no sé, tal vez, le podría conseguir algo en el Ministerio de Salud, ¿le interesa?, pregunta él con los brazos cruzados y el semblante insolente, ganador. El señor frente a él lo escucha atentamente, escudriñando cuidadosamente cada palabra que atiende y anchando cada vez más la sonrisa ante lo que sus oídos —y la grabadora escondida bajo la mesa— pueden percibir. Claro, responde. Cuénteme más. Y su bata se ondea novísima y los ojos le brillan crapulosos y luce feliz, radiante, victorioso, como si esa fuera la primera promesa de compensación que recibe en toda su carrera y que, obviamente, y aunque el atarantado muchacho no lo sospeche, no es la de médico, ni la de ginecólogo, ni siquiera la de enfermero, sino la de periodista.

A trescientos metros de allí, en un Chevrolet negro con lunas polarizadas, Pamela tiembla mientras abraza a Gabriela y a Roxana, la criada de su amiga. No se siente mal, pero está temblando; tiene perfectamente planeados sus próximos movimientos, pero el miedo la paraliza, le trepa por la entrepierna, la retiene y la ata a esos brazos amigos que la arruman y la defienden; ama al crío que se acurruca pipiolo en sus entrañas, pero lo odia por desclarar y avinagrar sus planes. Pamela tiene un miedo innato, una reticencia natural, cierta tesitura en contra de los hombres en general y, por eso mismo, para evitarle desgracias, desea con total aplomo que su hijo nazca así, con un colgajo antes que con un agujero, con virilidad antes que con encanto, en contra del mundo antes que con el mundo en contra suyo: varón, hombre, bien macho. Piensa en Joaquín y siente un poco de pena por él: el escándalo que se iba a originar a raíz de esa grabación iba a tener repercusiones catastróficas en la familia del chico y le arruinaría el futuro así como él había arruinado el suyo. La culpa era de él, empero, por ser tan mediocremente machista y tan mal discriminador: tan bisoño sexista. Nada comparado con su padre, por supuesto, al que ahora está llamando por teléfono, quien era todo un profesional subestimando a las mujeres y que —espera— no volverá a ver en muchísimo tiempo. ¿Aló?, ¿papá?, engola la voz mientras agradece en silencio que Gabriela le esté tomando de la mano con fuerza. “Quería decirte que estoy embarazada y que me estoy yendo a vivir lejos. Que no te perdono que me hayas privado de mi mamá cuando más la necesitaba, papá. Que eres un cerdo machista como el padre de mi hijo al que le acabo de arruinar la vida” dice, orgullosa como nunca y femenina como siempre, Pamela.